

Es noche de leyenda . . . El rubio Oriente
 Con toda su fragante poesía,
 Se representa allí, cual una orgía
 De pompas y de azul, mágicamente.
 El agua dice plácida conseja
 En una languidez de serenata,
 Y el sueño de la luna se refleja
 Sobre las ondas líricas de plata.
 Y dijo Jesucristo :
 —Mucho has sufrido, sí ; tu vida entera
 Es un libro de amor ; te daré el vino
 Y el agua de verdad, pues quien espera
 Calmará en Mí las ansias del camino.
 Pero habrás de ser mártir ; vén conmigo
 A seguir el sendero solitario
 Para buscar la luz ; falta un mendigo
 Que suba con un Dios hasta el Calvario.

EMILIO ARIAS MEJIA

En Bogotá, 1913.

DON BUENAVENTURA AHUMADA :

El insigne escritor de costumbres don Eugenio Díaz, en su original escrito titulado *Una Ronda de don Ventura Ahumada*, supo hacer un acabado retrato de este curiosísimo tipo santafereño. Quien haya leído el mencionado trabajo, deseará de seguro conocer algunos detalles sobre la vida del personaje cuyo nombre ha llegado hasta la presente generación, envuelto para el vulgo en una penumbra no exenta de misterio y tenebrosidad.

Nació don Buenaventura, o don Ventura, como le llamaban ordinariamente sus contemporáneos, en Santafé, y fue bautizado a los tres días de edad, en la parroquia de Las Nieves, el 15 de julio de 1786, siendo sus legítimos padres don Pedro Antonio Ahumada y doña Eulalia Gutiérrez, los cuales habían contraído matrimo-

nio el 2 de agosto de 1768. Don Pedro Antonio murió en esta ciudad en septiembre de 1807 ; era hijo legítimo de don Manuel de Ahumada, natural del Puerto de Santa María en España, vástago de noble origen, que trasladado al Nuevo Reino desempeñó los puestos de regidor y alcalde ordinario de Santafé y gobernador de Popayán, y de doña Bárbara Josefa Gaona y Bastida (1) ; nieto del malagueño don Pedro de Ahumada y Rebosillas y de doña María Antonia González Calvo, oriunda de dicho puerto ; y del sargento mayor don Juan Bernardo Gaona y Bastida, sevillano, y de doña Josefa Navarro de Torres y Guzmán, americana. La nominada doña Eulalia Gutiérrez era hija legítima de don Miguel Gutiérrez y de doña Ignacia Muriel, ambos de la provincia de Antioquia (2).

(1) Don Manuel de Ahumada y doña Bárbara Josefa Gaona y Bastida fueron padres de doña Alfonso, casada con don Cristóbal Antonio del Casal y Freiria ; doña María Aniceta de los Dolores, religiosa profesada de velo negro en el convento de Santa Clara de Santafé ; doña Rosa Teresa, esposa de don Jerónimo de Busto Santa Cruz ; doña María Antonia, religiosa del Carmen ; doña Ignacia, y don Pedro Antonio.

El varón, que en orden de edades ocupaba el segundo lugar, tuvo de su esposa doña Eulalia Gutiérrez, los siguientes hijos : don Joaquín, nacido en 1771, sacerdote ; doña Manuela, nacida en 1773, esposa de don José Antonio Padilla y Pontón ; doña Josefa, casada con don Pedro José de Silva y López ; fray Manuel, religioso agustino descalzo, entusiasta partidario de la independencia y capellán de sus tropas ; doña Luisa, esposa de don Ignacio Sánchez de Mora ; don BUENAVENTURA y don José María, casado con María Lucía Castañeda.

(Testamentos de don Manuel y don Pedro Antonio de Ahumada, otorgados en 1772 y en 1807, respectivamente, Notaría segunda de Bogotá ; Informaciones de don Joaquín y de don Buenaventura Ahumada, archivo del Colegio del Rosario ; libros de bautismos y de matrimonios, archivo de la antigua parroquia de la Catedral).

(2) El sargento mayor don Juan Bernardo Gaona y Bastida era hijo legítimo de don Luis Gaona y Bastida y de doña Ana Marcela Murillo, naturales de Sevilla. Doña Josefa Navarro, hija legítima de don Gabriel Navarro de Torres y Guzmán, español, y de doña Juana de Olarte y La

Ahumada hizo sus estudios en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario. En 1802 solicitó una colegiatura para terminar con mayor lucimiento su carrera; ya había cursado gramática, y se disponía a oír filosofía, según él mismo lo manifestó en la petición de estilo. El apetecido honor le fue otorgado, y en consecuencia, el agraciado vistió la beca el 21 de octubre de aquel año, con la solemnidad acostumbrada en semejantes casos (1).

Don Buenaventura era conocido en los claustros con el apodo de *Chicharrón*, con el cual posteriormente trataban de denigrarle sus malquerientes.

En el Colegio tuvo por compañeros en el mismo cuarto al célebre don José Fernández Madrid, después político y poeta; a don Miguel Domínguez, representante en el Congreso de Cúcuta, y a Manuel Manrique Santamaría, miembro de una familia de patricios (2).

Debió observar Ahumada buena conducta, pues en 1807 servía el cargo de procurador general del ilustre

Reátegui, veleña, hija ésta de don Juan de Olarte y de doña María La Reátegui

(Archivo del Rosario, informaciones de don Isidro y don José Antonio Gaona y Bastida, 1782; Archivo Nacional, *Conventos*, tomo 30).

El señor Gabriel Arango Mejía, en su libro *Genealogías de las familias antioqueñas*, omite a doña Eulalia Gutiérrez en la enumeración de los hijos de don Miguel Gutiérrez y doña Ignacia Muriel (página 453), de quienes era hija legítima aquella, como consta plenamente en la información de don Joaquín Ahumada Gutiérrez (Colegio del Rosario, 1789) y en la fe de bautismo de don Buenaventura. Del citado libro toman los datos que siguen: don Miguel Gutiérrez era hijo legítimo de don Miguel Gutiérrez de Lara, santafereño, y de doña Juana Manuela de Torres; nieto de Juan Gutiérrez de Lara y Victorina Pardo Velásquez de las Mariñas, y del capitán don Pedro de Torres, peninsular, y doña Juana de Zafra. Doña Ignacia Muriel era hija legítima de don Antonio Muriel y de doña Ana Díaz de la Torre, y nieta, por parte paterna, de Rodrigo Muriel Quintero y doña Francisca de Ossio Salazar, vecinos de Antioquia.

(1) Archivo del Colegio del Rosario.

(2) Biografía de don José Fernández Madrid, por Carlos Martínez Silva, página 94.

plantel, que no podría confiarse a quien no se hubiera manejado correctamente (1).

Al organizarse en Santafé el regimiento de milicias de caballería del Nuevo Reino de Granada, para la defensa de la patria, en julio de 1810, Ahumada fue escogido para teniente de la primera compañía del segundo escuadrón, cuyo comandante era don Tadeo Cabrera. Camacho y Caldas, en su *Diario Político*, hacen el merecido elogio de este cuerpo, que en tan alto grado contribuyó al sostenimiento del sistema implantado en nuestra fecha clásica.

En calidad de ayudante, formó parte don Ventura de la famosa expedición al norte que salió de la capital a fines de julio de 1812, con el benemérito Nariño a la cabeza, a combatir a Baraya y demás cundinamarqueses insurrectos, que unidos a los federalistas de Tunja hacían la guerra a Santafé (2). Terminó la campaña en virtud de los tratados de Santa Rosa, celebrados el 30 de julio entre los plenipotenciarios de las dos provincias (3).

Aún figuraba don Buenaventura como teniente, en octubre de 1812 (4); en noviembre le encontramos de capitán de la segunda compañía de milicias disciplinadas de caballería (5).

En diciembre de 1814, cuando las tropas federalistas, con Bolívar por jefe, se hallaban acantonadas a inmediaciones de Santafé con el designio de atacarla, Ahumada se mostró entusiasta defensor del gobierno de Cundinamarca.

(1) Archivo del Rosario.

(2) Archivo histórico de la Biblioteca Nacional, *Guerra y Marina*, tomo 113. Listas para revista de comisario en los meses de julio y agosto.

(3) *Gaceta Ministerial de Cundinamarca*, 6 de agosto de 1812.

(4) Archivo histórico de la Biblioteca Nacional, *Historia*, tomo 14. Juicio contra don Camilo Aranzazugoitia, por asuntos políticos.

(5) Archivo histórico de la Biblioteca Nacional, *Guerra y Marina*, tomo 113. Listas para revista de comisario.

En *Santafé Cautiva*, poema histórico del doctor José Antonio de Torres y Peña (1), leemos interesantes noticias sobre las hazañas de don Buenaventura en estas emergencias.

Cometió la audacia de ir, en asocio de diez valientes, a registrar la quinta de Sanfaçon, en la que, se aseguraba, quedada por la noche *buena prevención* de los contrarios. Dicha finca, propiedad de los señores Parisés, estaba situada en la Alameda, a corta distancia del campamento enemigo.

El 10 del citado mes empezó la toma de la ciudad por el ejército del gobierno de la Unión. La pelea fue reñida, y tanto sitiados como sitiadores, hicieron supremos esfuerzos por alcanzar el triunfo. El 11, en los momentos en que la lucha estaba más encarnizada en las calles de la población, según nos refiere el citado autor,

Ya don Ventura Ahumada sorprendido
Con muerte libra del que asió su rienda,
Y a otros jinetes se le ve reunido
Para volver a la fatal contienda.

Entonces Ahumada y sus enardecidos compañeros se arrojan con mayor fiereza sobre el campo opuesto, en el que hacen estragos.

El mismo día, el oficial Salas, apreciadísimo por Bolívar, obedeciendo las órdenes de éste, atacó el hospital, con cuarenta dragones escogidos, por haberse difundido la voz de que de allí salían tiros muy perjudiciales para los invasores. Don Buenaventura Ahumada y don Ramón Lago, con diez y siete lanceros, rodean la manzana, acometen al enemigo, le causan terribles destrozos y le dejan postrado. En la refriega murió el mencionado Salas.

El señor Groot refiere de otra manera este lance. Habla de los pasos que se daban con el objeto de llegar a un arreglo entre los contrincantes, y agrega:

(1) Volumen primero de la *Biblioteca de Historia Nacional*.

“En este intervalo vinieron a avisar al general Bolívar que una partida de gente mandada por Ventura Ahumada había lanceado en un zaguán, distante una cuadra de la plaza, al coronel Salias, quebrantando así la suspensión de hostilidades. Bolívar se exaltó furiosamente, y ya daba las órdenes para atacar la plaza por todas cuatro esquinas, cuando los sujetos que estaban detenidos en rehenes lograron calmarle, haciéndole presente que aquello no podía atribuirse al gobierno, sino al desorden con que obraba su gente” (1).

Después de la entrega de la ciudad el 12 de diciembre, al gobierno de la Unión, no fue don Ventura de los que se sometieron gustosos al nuevo régimen, y público debía ser, andando el tiempo, su desafecto, pues según nos refiere el cronista Caballero, el 4 de octubre de 1815 “se publicó bando llamando por tercera vez a don Ventura Ahumada para que se presente a la sala de vigilancia. Las comunidades presentaron hoy una petición implorando un perdón general” (2).

Acaso se creía que don Ventura había tomado parte en la conjuración descubierta pocos días antes. Pero en la sentencia dictada contra los individuos encausados por tal motivo, no se menciona a nuestro personaje (3).

De un documento auténtico que existe en el archivo histórico de la Biblioteca Nacional, fechado en noviembre de 1816, en el que consta que Ahumada fue juzgado por el Consejo de Purificación establecido por los pacificadores, copiamos:

“Don Buenaventura Ahumada era capitán de las tropas rebeldes; se fugó el año de 15 y pasó a las tro-

(1) *Historia Eclesiástica y Civil*, tomo 3, página 337 (segunda edición).

(2) *La Patria Boba*. Página 220.

(3) Sentencia pronunciada por la Junta Extraordinaria de Vigilancia en la causa de conjuración. Santafé, 26 de octubre de 1815. Imprenta del Estado. (Archivo Restrepo).

pas del Rey, por lo que le formaron causa aquéllas; se le declaró libre de cargo no resultándole otro " (1).

Siguiendo el curso de los acontecimientos de la época, se comprende claramente que no pudo haber tal deserción, porque en 1815 no existían en las cercanías de Santafé ni en Cundinamarca, tropas del Rey. Sería necesario admitir que don Ventura se había ido a lejanas regiones a unirse con aquéllas, lo cual nos parece poco probable. En tiempos del dictador Alvarez, los realistas siguieron el partido de los centralistas. Meses más tarde, cuando éstos, caídos en desgracia, trabajaban contra el antiguo enemigo—el federalismo—se dijo oficialmente que tramaban una sedición con "el pérfido designio de destruir el gobierno de la Unión y restablecer el de la Península" (2). No era este el objeto del movimiento, y para confirmar nuestro aserto, basta recordar que entre los condenados por el consabido delito se contaba a don Pedro Groot y a don José Camilo Manrique, ambos próceres distinguidísimos, incapaces de traicionar a la patria.

Quizá don Ventura, a la entrada de Morillo en 1816, supo sacar partido de las persecuciones de que había sido víctima en el año anterior, y no contradujo la especie de su ingreso en el campo de los españoles, con el objeto de salvarse en trance tan difícil.

Indudablemente prestó Ahumada algún servicio a los realistas, como se deduce del siguiente documento, que aunque se refiere a asunto baladí, copiamos, para que el lector juzgue si son fundadas nuestras afirmaciones, del original que reposa en el tomo 141 de *Guerra y Marina* del archivo histórico de la Biblioteca Nacional:

"Señores comisionados de la Carnicería—Número 3. Sírvanse vuestrasmercedes entregar a don Ventura Ahumada diez cueros que se necesitan para el real servicio. Santafé, julio 15 de 1816. José Antonio González Leyva—

(1) Archivo Histórico de la Biblioteca Nacional, *Purificaciones*.

(2) Impreso citado anteriormente. (Archivo Restrepo).

Dense—Casano—Recibí los expresados diez cueros, y para que conste lo firmo. Santafé, julio 19 de 1816. Ahumada."

Prueba de que la actitud de Ahumada en favor de los españoles tuvo poca significación, y de que su conducta para con los patriotas no fue mala, es la circunstancia de encontrarle hecho cargo nuevamente de sus viejas funciones de capitán de milicias de caballería, en septiembre de 1819 (1)

Si hubiera estado al lado de los secuaces de Sámano se habría visto obligado a emigrar sin pérdida de tiempo a la noticia de la victoria de Boyacá, como lo hicieron todos los peninsulares y americanos realistas, para con los cuales fueron implacables los libertadores, como es público y notorio.

En 1822 desempeñó Ahumada el puesto de alcalde de segundo voto de Bogotá. Como tal, propuso al Cabildo la construcción de un cementerio, empresa que no pudo llevarse a cabo por el momento (2).

En 1825 tomó posesión de la jefatura política del cantón de la capital, destino a que estaban adscritas las atribuciones de jefe de policía. Durante cinco años aproximadamente sirvió este cargo, y en él adquirió la celebridad de que con justicia goza. Desde el principio de su administración se dedicó con ahínco a procurar el adelanto moral y material de la ciudad de su nacimiento. Leemos en *La Miscelánea* de Bogotá, del 30 de octubre de 1825:

"Policía—De poco tiempo a esta parte comienza a advertirse alguna mejora, en la policía, debido a la actividad del nuevo juez político, señor Buenaventura Ahumada: las calles se empedran y se limpian; los

(1) Archivo Nacional, salón de la República, *Gobernación de Bogotá y Casanare*, tomo único.

(2) *El Catolicismo*, tomo 3, página 393 (Informe del Regidor J. M. Groot a la Municipalidad de 1856).

juegos prohibidos dejan de autorizarse con el silencio o el disimulo, y se proyectan varias mejoras de utilidad pública. El señor Ahumada encontrará al principio los inconvenientes que naturalmente presenta el arreglo de un ramo que ha estado siempre en un absoluto abandono..." (1).

Y en el número correspondiente al 5 de marzo de 1826 del referido periódico :

"El juez político de este cantón, Buenaventura Ahumada, continúa infatigable en la patriótica empresa de arreglar la policía, y sobre todo, el aseo y ornamento de la ciudad. El público va a deber a su celo y actividad la conservación del hermoso y útil Puente-Grande, que ya amenazaba ruina..."

Merced a la iniciativa de don Ventura se quitaron las tiendas de chichería de la plaza grande (hoy plaza de Bolívar) y de las calles de Florián y otras inmediatas (2).

El citado don Eugenio Díaz, que alcanzó a vivir en aquella época, describe el manejo de don Ventura como jefe de policía, en estos términos :

"Era sagaz y valiente, conecedor de las gentes, firme contra los obstáculos del capricho o del poder, al mismo tiempo que humano y afable con los infelices, amigo de la igualdad, porque en el cumplimiento de las disposiciones de policía no había para él diferencia de capas ni de ruanas, ni de alpargatas, botas o quimbas. Don Ventura era temible en Bogotá, es decir, para los díscolos y malhechores, porque para los hombres de bien antes era apreciable, antes era su egida" (3).

(1) En la página 45 del primer tomo de la *Vida de Rufino Cuervo*, escrita por sus hijos, se dice que *La Miscelánea* era redactada por don Alejandro Vélez, don José Angel Lastra, don Juan de Dios Aranzazu, don Pedro Acevedo y el nominado señor Cuervo.

(2) *El Día*, Bogotá, 15 de junio de 1845.

(3) Prólogo de *Una Ronda de don Ventura Ahumada*, 1858.

Don Ventura fue riguroso en exceso, especialmente con los tahures y vagamundos. Pudo obrar a la maravilla contra los primeros, pues él en sus mocedades no había sido ajeno del todo a las contingencias de la mesa verde, por lo cual le eran conocidos todos los escondrijos. Se cuenta que cuando en el teatro veía persona cuya conducta no ofrecía ejemplos de ajustamiento, la hacía sacar por la policía, sin consideración de ninguna especie.

El señor Cordobés Moure, en el capítulo de sus *Reminiscencias* titulado *Doña Manuela Sáenz*, nos cuenta este episodio :

"Algunos días antes del 25 de septiembre de 1828 invitaron al Libertador a un baile de disfraz en el coliseo. El alcalde, don Ventura Ahumada (1), dio permiso para la fiesta, con la precisa condición de que los asistentes debían presentarse disfrazados con trajes que correspondieran al sexo respectivo, y con el fin de que no burlaran esta prescripción, se situó en la puerta del edificio para que al entrar los convidados, se alzarán el antifaz, cerciorándose así de que se cumplían sus órdenes. Entre éstos se presentó un húsar que quiso entrar sin mostrar la cara. A la exigencia de don Ventura se le acercó aquél para decirle al oído :

—Soy Manuela Sáenz.

—Aunque fuera Santa Manuela, no éntra vestida de hombre, insistió don Ventura.

El asunto terminó con un altercado ruidoso, del cual salió triunfante el inflexible alcalde: doña Manuela fue a palacio e impuso a Bolívar del desaire que le habían hecho al presentarse en el coliseo. Contrariado el Libertador con la extravagancia de aquélla, se presen-

(1) Incurre el señor Cordobés en una equivocación al decir que Ahumada era alcalde. Ya hemos visto que era jefe político. Los alcaldes de Bogotá en el citado año eran los señores Enrique Umaña y Raimundo Santamaría. (*El Constitucional de Cundinamarca*, de 22 de diciembre de 1833).

tó en el palco que le tenían preparado, y se retiró después de animar la fiesta con su presencia por breves instantes.”

La fama de terrible que adquirió Ahumada por su severidad, hizo que posteriormente se le citara como término de comparación entre los agentes gubernamentales más rígidos. Por lo cual escribía don Mariano Ospina a su amigo el doctor Joaquín Emilio Gómez en 1842:

“Acevedo (gobernador de la provincia de Bogotá) está reclutando vagamundos y desertores de toda especie; *le temen ya más que a Ahumada*” (1).

En 1829, año en que dejó de ocupar el cargo de jefe político, decía el secretario de Relaciones Exteriores doctor Estanislao Vergara al Padre de la Patria, en carta fechada en Bogotá el 8 de abril:

“Ventura Ahumada ha renunciado su destino, y el Consejo, que no podía admitirle la renuncia, lo ha exonerado únicamente y remitido a Vuestra Excelencia el negocio. El señor Urquinaona ha sido encomendado provisionalmente de las funciones de jefe de policía: él es excelente sujeto, muy amigo nuestro, hombre de actividad y de instrucción, bien querido aquí y podría hacer un buen jefe de aquel ramo. Lo recomiendo a Vuestra Excelencia para su nombramiento en caso de que estime conveniente admitir la dimisión de Ahumada” (2).

Estuvo luego por un tiempo de director de la composición del camino de Honda a Bogotá, obra de la mayor trascendencia, a la que prestó el debido interés.

Ahumada fue de los más activos promovedores de la revolución de 1830. Boliviano decidido, se unió con otros individuos de temple, reunieron las milicias de

(1) *Don Mariano Ospina y su época*, por E. Gómez Barrientos, página 207.

(2) *Memorias de O'Leary*, tomo 7, página 183.

caballería de Funza, Serrezuela y Facatativá, y con ellas llegaron al pueblo de Gachancipá en la tarde del 10 de agosto, en seguimiento del Batallón *Callao* que se encaminaba a Tunja, destinado por el Ejecutivo para hacer la guarnición en dicha ciudad, y que se componía de amigos del Libertador. Ahumada y sus compañeros influyeron en el ánimo del jefe, a que se insurreccionara contra el gobierno, lo que se logró sin dificultad, pues parecía patente que la conducta del Ejecutivo para con el referido cuerpo no había sido muy leal. El 17 del mismo mes estaba Ahumada en Puente-Grande con el *Callao*. La revolución tuvo por resultado la caída de las autoridades legítimas y la proclamación de la dictadura de Urdaneta. En los primeros días de septiembre recibió don Ventura el nombramiento de prefecto de Cundinamarca. Dirigió entonces al Libertador una carta, reiterándole su adhesión. Parécenos oportuno reproducirla en este lugar, tomada del tomo 9º de *O'Leary*, página 585:

“Bogotá, 7 de septiembre de 1830

Excmo. Sr. Libertador Simón Bolívar, etc. etc. etc.

Excelentísimo señor:

No sin una satisfacción completa, y lleno del respeto más profundo hacia la persona de V. E., tomé la pluma para manifestar a V. E., bien sea como la primera autoridad civil del Departamento, bien como un ciudadano, los votos que esta ciudad hace por que V. E. se restituya, volando al centro del Gobierno para recibir los abrazos de los verdaderos amantes del orden y de la justicia, los amigos de V. E., enjugar las lágrimas del desgraciado, y acendrar más los esfuerzos del feliz, en obsequio de esta patria que ha sido siempre el ídolo del corazón de V. E.

Permítaseme no entrar en una digresión sobre el origen, progresos y estado actual de la transformación política que hoy nos ocupa. Verá la luz pública el sentimiento único que ha animado a los republicanos, en

defensa de la concordia y de la integridad nacional, en obsequio del Libertador Presidente, como el que reúne los sufragios de la nación, y en bién de esta misma, a la que todos los libres deben consagrar el fruto de sus sacrificios. Llegó el momento en que éste pudo haberse perdido; pero el patriotismo, probado con mil y mil acontecimientos desgraciados, trazó, sin vacilar, la sola línea de conducta a que debían sujetarse todos. El resultado ha sido la misión cerca de V. E., las esperanzas muy fundadas por el restablecimiento de la paz y el anhelo de los buenos ciudadanos por que V. E. corone la obra comenzada.

Yo me tomo la libertad de suplicar a V. E., con el mayor encarecimiento, que no desoiga la voz de este buen pueblo, y me atrevo a asegurar, el grito de la nación entera. Cuando la patria se halla en peligro, entonces es que los héroes no vacilan en prestarle sus eminentes servicios; y cuando todos unánimemente fundan en las virtudes cívicas que adornan a V. E. el término pronto y feliz de públicas calamidades que ya no pueden resistirse, Bolívar, fiel a sus principios, consecuente a las promesas que por tantas veces ha hecho a su querida patria, no puede negarse a un llamamiento tan urgente como honorífico.

V. E. debe contar con los sentimientos del respeto más profundo, y de la consideración personal más distinguida, con que soy de V. E., muy atento, muy obediente servidor,

BUENAVENTURA AHUMADA "

¡Quién había de pensar que el enemigo de Bolívar del año catorce, se expresara para con él en términos tan sinceramente encomiásticos diez y seis años después!

Desempeñó Ahumada el referido puesto hasta mediados de abril de 1831, procediendo en ocasiones con demasiada energía, a lo que contribuyó el decreto de Urdaneta, en virtud del cual se concedía a los prefectos facultades absolutas. Don Ventura se constituyó en

un verdadero dictador: las rondas a las casas de los sospechosos eran frecuentes, las prisiones no cesaban, muchas personas fueron destinadas al servicio de las armas y otras enviadas a trabajar en el camino de Honda. En una palabra, la persecución contra los adversarios políticos fue terrible. Estas medidas extremas exacerbaban los espíritus y atrajeron sobre el que las tomaba intensos odios.

Desde el mes de noviembre de 1830 había concedido el gobierno intruso a don Buenaventura el despacho de coronel graduado de milicias.

En abril de 1831 salió para Funza, acompañando al general Urdaneta. Motivó esta retirada el temor que abrigaban los sostenedores de la dictadura de un levantamiento en la capital, en circunstancias tan poco favorables para la seguridad de sus personas. Ahumada logró juntar ochenta hombres, milicianos de Facatativá, que antes le eran tan adictos, los que se amotinaron, le insultaron y siguieron para Honda a sentar plaza entre los defensores de la legitimidad. Impertérrito siguió él con la pretensión de que continuara el absolutismo en el poder, y cuando Urdaneta se hallaba en las mejores disposiciones para llegar a un avenimiento pacífico, Ahumada con algunos socios se opuso a ello violentamente, y trabajo costó calmar su exaltación. A pesar de todo, la tranquilidad del país se aseguró por los convenios de Apulo (1).

La convención reunida en 1831 dio facultades al Poder Ejecutivo para castigar a los promotores de la revolución del año anterior. En consecuencia, Ahumada, después de borrado de la lista militar, fue confinado al Chaparral en diciembre del mencionado año de 31. Permaneció durante varios meses en aquella región

(1) Los detalles relativos a los años de 1830 y 1831 han sido tomados de Posada (tomo 1); O'Leary (tomo 7, página 484); Restrepo (tomo 4, página 476), y principalmente de la obra inédita del último, *Diario Político o Memorias*, y de documentos de su archivo

“cumpliendo los deberes de ciudadano,” según él mismo lo manifiesta en un escrito (1), y tomó en arrendamiento una hacienda en la provincia de Mariquita con la intención de explotarla. En mayo de 1832 obtuvo salvoconducto para residir libremente en cualquier lugar del Estado.

Refiérense curiosas anécdotas que pintan a lo vivo el carácter de Ahumada. De boca de su nieto el respetable caballero don Javier Tobar, oímos la siguiente: se le presentó en cierta ocasión un jovencito, quejándose amargamente de que Celso, uno de los hijos de don Ventura, le había roto su capa nueva en una riña. Llamó éste a su hijo, le notificó que tenía que sufrir veinticinco azotes en castigo de su atrevimiento, y ordenó a un criado negro que se los aplicara. Al quinto o sexto golpe el agraviado, movido a compasión, declaró a don Ventura que estaba satisfecho, y le rogó suspendiera la pena. Ahumada le dijo que se callara inmediatamente, amenazándole con castigarle de igual manera que a Celso, si volvía a hablar. El joven ni por un momento pensó que podría cumplirse tal promesa, y continuó intercediendo con encarecimiento por su camarada. Una vez cumplida la sentencia con éste, don Ventura mandó al criado que siguiera con el otro, le hizo dar sus veinticinco azotes, y después le pagó la capa!

Y esta otra, que se encuentra en la citada producción del señor Díaz, revela la caballerosidad de don Buenaventura:

“El día de la famosa conspiración contra el Libertador, a eso de las once, llegó a pie a una de las haciendas del sur de la Sabana el señor Luis Vargas Tejada, y diciéndole a uno de los hijos del hacendado que iba de fuga, éste le dio un macho y los auxilios del caso. Al día siguiente pasó don Ventura Ahumada con tropa en solicitud del señor Vargas Tejada, preguntándolo a to-

(1) Archivo Nacional, *Gobernación de Bogotá*, tomo 1, página 205.

dos; pero no habiendo cogido sino la bestia ensillada, apareció con la tropa otra vez en la hacienda, y al ver en la puerta al auxiliador, les dijo a sus secuaces:

—Suelten ese machito al potrero, y entreguen aquí la montura para que me la guarden.

Y luégo, volviéndose al hacendado con un semblante entre risueño y compasivo, le dijo:

—¿Lo conoce?

En la hacienda se supo que las ejecuciones de los conspiradores y las prisiones de los cómplices y auxiliadores eran inexorables. Se esperaba de un momento a otro un resultado terrible; pero los días, las semanas y los meses se pasaban, y por último, el hecho quedó en silencio, debido a algunos cortos obsequios anteriores de aquella hacienda, que don Ventura no había olvidado. Don Ventura buscó con una prolijidad inaudita al prófugo, pero no faltó a la gratitud. Las casas de campo son en la Nueva Granada institutos de caridad: pero no todos son agradecidos como don Ventura.”

Murió don Buenaventura en Bogotá el 17 de junio de 1838.

El señor don Alberto Urdaneta dice en su escrito *Día de difuntos*: “En el año de 1836 se principiaron a sepultar cadáveres en el llamado Cementerio Viejo” y adelante agrega: “entendemos que el primero que se sepultó fue don Ventura Ahumada” (1).

A nuestro modo de ver, Urdaneta incurrió en dos errores, y para rectificarlos, transcribimos la partida de defunción, tomada del correspondiente libro del archivo de la antigua parroquia de la Catedral:

“En diez y ocho de junio de mil ochocientos treinta y ocho, con licencia del infrascrito cura rector, fue sepultado en la iglesia de la Candelaria el cadáver del señor Buenaventura Ahumada, marido de la señora Micaela Santacruz, el que murió el día de ayer. Se le administraron los Santos Sacramentos. Doy fe. Domingo Antonio Riaño.”

(1) *Papel Periódico Ilustrado*, año IV.

La esposa de don Ventura, doña Micaela Santacruz, era hija legítima de don José María Santacruz y de doña Mariana Silvestre. Abuelos: don Jerónimo de Busto y Santacruz, natural del lugar de Polán, Toledo, gobernador de la provincia de los Llanos, y doña Rosa Ahumada; don Francisco Silvestre Sánchez, oriundo de Masueco, España, gobernador de la provincia de Antioquia, y doña Juana Inés Prieto. Bisabuelos: don Juan de Busto y Santacruz y Chinchilla y doña Teresa Ramírez de Soto; don Manuel de Ahumada y doña Bárbara Josefa Gaona y Bastida, citados; Manuel Silvestre y Manuela Sánchez Nieto; don José Prieto de Salazar, tesorero de la casa de moneda de Santafé, y doña Mariana de Ricaurte y Terreros (1).

Tuvo don Buenaventura de su matrimonio, fuera de algunos hijos que murieron en menor edad, los siguientes, según consta del poder para testar que otorgó en Bogotá ante el escribano público de número Eugenio de Elorga, el 1º de junio de 1838 (2); Matías, Celso, Marta y María Josefa. Matías fue casado con doña Joaquina Trimiño Pinzón; Celso con la señora Eduarda Quevedo, que aún vive; Marta, esposa de don José María Tobar Gutiérrez, y María Josefa, de don Joaquín Pardo, viudo que era de doña Jerónima Santacruz.

Don Ventura Ahumada, después de una vida llena de agitación y de peripecias, después de haber sido, por su inimitable suspicacia, el objeto de las anhelantes miradas del público, después de haber provocado tantas iras, murió en la oscuridad y en el silencio más absolutos. Ni siquiera los periódicos de la capital registraron la fecha de su fallecimiento.

JOSÉ MARÍA RESTREPO SAENZ

(1) Archivo del Colegio del Rosario. Informaciones de los Santacruz, y de los Silvestres. Los ascendientes de don José Prieto de Salazar y de doña Mariana Ricaurte se encuentran en las *Crónicas de mi Hogar* del señor Ignacio Gutiérrez Ponce (*Papel Periódico Ilustrado*, año III, página 46).

(2) Notaría primera de Bogotá.